

sible de los ciudadanos. Los triunfos del cañon son efimeros; los de la virtud permanentes. Resollad, pues, amados oyentes mios, y preparad el camino para que resuellen como deben, las cámaras futuras; porque si no resuellan como deben, entonces sí que se verificará sin remedio el testo que ha servido de tema á mi desaliñado discurso: *Mortus est qui non resollat.* Entonces sí que..... aquí paz y despues gloria, que es lo que os deseo. Amen.—*Erasmu Lujan.*



EL GALLO PITAGORICO.

Funcion de Teatro Extraordinaria, ejecutada en las Zahurdas de Pluton.

DIALOGO

ENTRE EL GALLO Y ERASMO LUJAN.

Erasmu.—¿Qué es esto, Gallo mio? ¿De dónde vas saliendo ahora tan desplumado, tan flaco, que parece que te han chupado las brujas?

Gallo.—No me han chupado las brujas; pero me han arañado los zopilotes.

E.—¿No te dije que habias de caer en sus garras?

G.—Y ¿no te respondí que el Dios que habia librado á Daniel de los leones, me libraria de ellas?

E.—Me alegro mucho de que te haya librado; pero por fin, ¿de dónde vienes?

G.—De los infiernos.

E.—¡Jesus mil veces! Tú estás desesperado: mira qué palabrotas.

G.—¡Qué propenso eres á escandalizarte! No estoy desesperado: digo la verdad: tan cierto es que vengo del infierno, como el que tu verdadero nombre es Erasmo Lujan.

E.—Pues si vienes del infierno, ¿luego te moriste?

G.—Ahora digo que eres tonto. Si me hubiera muerto, y por desgracia, lo que Dios no permita, hubiera ido al infierno, no hubiera vuelto á salir de él; pues de allí solamente salen los que entran vivos, como sucedió respecto de Hércules, Teseo, Eneas, el Dante, Telémaco: así ni mas ni menos aconteció conmigo.

E.—Pues bien: y ya que tuviste esa fortuna, cuéntame lo que viste allá, porque tengo mucho deseo de saberlo; pero referido por un testigo de vista y fidedigno como eres tú. ¿Por sentado que te conduciría Mercurio, que es el conductor de las almas, segun la mitología?

G.—En efecto me llevó un personaje que algo se parecia á Mercurio, porque aunque no tenia caduceo, tenia baston con borlas á manera de juez de letras; y si no llevaba plumas en los piés, las llevaba en las manos de su escribano, que para volar, tanto sirven las unas como las otras (1).

E.—¿Pasarias la laguna Estigia en la barquilla de Caron?

G.—No, señor, sino en un escelente landó, tirado por un par de hermosos frisonos.

E.—¿Pues qué, ya no se va al infierno en la barca de Caron?

G.—Sí se va; pero solamente la ocupan los pobretes, como cuando se embarcan á dos por medio en las canoas que van para Ixtacal-

(1) Alude á la prision que tuvo el autor siendo individuo del último congreso disuelto.

co; pero los altos personajes, los agiotistas, los que hacen el contrabando en grande, esos van al infierno en landó, en carretela, en quitrin, y aun muchos se dirigen allá á paso redoblado, tambor batiente, banderas desplegadas y armas á discrecion.

E.—Pues siendo tú un pobre, ¿cómo fuiste en landó?

G.—Porque se me hizo el alto honor de tratarme como gallo grande.

E.—Descuídate, y te tratarán como gallo chico.

G.—Aquí entre nos, que nadie nos oye, por poco me vuelve á suceder esa misma contingencia ahora en el senado (2).

E.—Ahí tienes eso. ¿Quién te manda andar cantando? ¿Por qué no te callas ese pico?

G.—¡Toma! ¿Por qué cantas? Porque soy gallo, y esa es mi mision sobre la tierra, así como los perros ladran, los caballos relinchan, los borregos balan cuando se los inspira la naturaleza. Nosotros los gallos cantamos segun el tiempo, unas veces á media noche y otras á la madrugada, y en llegando mi hora, cantara y cantara, aunque hiciera llorar á veinte San Pedros.

E.—Y ¿si algun individuo sin ser San Pedro te hace llorar á tí?

G.—Tendré paciencia, y haré bien; él me hará llorar, y hará mal. Porque ¿de qué puede ser responsable un pobre gallo á cuyo canto despierta el pecador? ¿Acaso San Pedro se incomodó con el gallo que le recordó su culpa? No, señor. Lo que hizo fué lo que debe practicar todo hombre sensato cuando conoce que ha delinquido, *flebit amere*. Si yo canto y de esto resulta que alguna persona reconozca sus faltas, en vez de enojarse conmigo debe llorarlas, enmendarse y darme la gracias.

E.—Es cierto cuanto dices; pero no es esto lo que pasa en el mundo. Señor Gallo, las verdades amargan. Tú haces la cuenta sin la huésped. ¿Qué pocos son los que imitan á San Pedro! Las pasiones y nuestro amor propio no solamente se agravian de que se nos ad-

(2) Alude á un editorial del Siglo XIX que se le denunció por el ministerio de justicia.

viertan nuestros desaciertos, sino que aun pretenden que se alaben y se canonicen por virtudes. ¿A qué no se espone el que trata de corregir defectos ajenos, principalmente si los que incurren en ellos son personajes poderosos? Por ejemplo, tú ¿qué fruto has sacado de tus sermones, sino tal vez malquistarte con personas que pueden hacerte un grave perjuicio?

G.—Es verdad; pero esta es la fuerza del destino: yo naací para cantar, y debo cumplir con mi obligacion. Nada espero de ella, porque ¿qué quieres que espere un pobre Gallo? A buen componer moriré subido en mi estaca, ya que me escape de acabar mis dias en el palenque, como sucede regularmente á todos mis prójimos. Para la otra vida cuento con la infinita misericordia de Dios, y la fé y confianza que ni un momento me han abandonado en toda mi vida, y con esto creo firmemente que tengo cuanto necesito para librarme del infierno verdadero. Por lo que respecta al mundo, que ya despues de muerto yo, nada me importa, ¿qué puedo esperar? Que salga el Siglo XIX con anchas rayas negras por nueve dias; que alguno de mis colaboradores publique mi biografía, como de compadres; que YO haga unas cuantas novelitas de algunas anécdotas de mi vida; porque el tal Yo por hacer novelas es capaz de formar diez con láminas sobre los diez mandamientos: ya me parece que estoy viendo por el orden de estos los títulos de aquellas, de este modo: Primer mandamiento, la caridad: Segundo, el juramento: Tercero, la fiesta religiosa: Cuarto, mi padre: Quinto, el asesino: Sexto, el rapto: Séptimo, el agiotista: Octavo, el Diario: Noveno, el adulterio: Décimo, el aspirante. Por último, me hará *Fidel* una elegía patético-fúnebre-romántica, que comience:

Loco, cantando en medio del gentío;
y requiescat in pace.

E.—Amen. Pero dejemos esas ideas funestas; pues para oír quejas y ver lágrimas, basta salir á la calle. ¿Quién no se encontrará con una multitud de emplados ó contribuyentes? Los unos claman al cie-

lo y á la tierra, porque no les dan, los otros porque les quitan; y cada uno puede decir de sí mismo:

Los ojos tristes de llorar cansados,
Alzando al cielo, su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro
Que el grave peso no los sufre alzados.

Con que ya que estamos en buena paz y compañía, demos alguna tregua á la parte que nos toca en el hambre, y divirtámonos un poco. Cuéntame, pues, ¿cómo estuvo esa bajada tuya al infierno? ¿Quién te mandó allá? Y ¿qué fué lo que viste? que sin duda será alguna cosa interesante.

G.—Y cómo que lo es; pero para contestar por orden á tus preguntas, respondo lacónicamente á las dos primeras, que bajé en landó y de orden superior. La tercera pregunta sí tiene mucho que contestar.

E.—Pues comienza. Supongo que tendrías demasiado calor, que verias tormentos horrosos, diablos muy feos, y todo lo demas que nos dicen del infierno.

G.—En efecto, el lugar estaba suficientemente abrigado, los diablos unos eran feos y otros razonables; mas nada ví de tormentos, ni horrosos, pues todos estaban entretenidos en ensayar una *ópera*, ó por mejor decir, una miscelánea de óperas que tuve el gusto de que ejecutaran en mi presencia.

E.—¡Ópera en el infierno! ¡Vaya! ¡Como se ha estendido el gusto filarmónico! Mas la ópera se compondria únicamente de música vocal, pues las cadenas y grillos, únicos instrumentos que hacen ruido en el infierno, son nada á propósito para formar una orquesta.

G.—Te parecerá que los diablos son poco industriosos. Con que cuando la industria entre los hombres se halla tan adelante que nos hacen chalecos de cristal y retratos sin otro pincel que la luz, ¿lo estará menos entre los diablos? Habia orquesta, y escelente: los instru-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mentos casi por sí mismos sonaban, y con tanta maestría, como no la tuvieran en manos de Rossini, Bellini ó Donizetti.

ORQUESTA.

E.—Pues ¿de qué manera se habilitaron de instrumentos?

G.—Vamos por partes. Formaron los violines de las barrigas huecas y de las tripas de algunos empleados, que habiendo tenido su purgatorio en esta vida, pasaron de ese purgatorio al infierno, por no haber llevado en paciencia sus trabajos.

E.—Y ¿qué tal sonaban esos violines?

G.—¡Oh! admirablemente. Con particularidad cuando acompañaban algun paso sentimental y trágico, como por ejemplo, aquel de *Juana Shore*, que murió de hambre y sed, cuando canta:

¡Ah! por piedad socorro....
Humedeced tan solo
Mis labios, ya el aliento
Comienza en mí á faltar.

No creerías sino que los violines hablaban. ¡Qué *minuendos* tan expresivos! ¡Qué *calderones* tan largos y sostenidos! No parece sino que decían: Ya-no-hay-pro-ra-te-e-e-eos: ya-me-mue-ro-de-ha-a-a-ambre.

E.—Escelentes violines! Y los violoncelos y contrabajos que vulgarmente llamamos *tololoches* ¿de qué los formaron?

G.—De las tripas y barrigas de algunos aduladores. Bien sabes que el principal oficio de esos instrumentos es marcar el compás, y están esas tripas tan enseñadas á llevarlo, principalmente cuando aparecen en la escena altos personajes, que no pierden una sola *garapatea* siquiera. En algunos coros de la Italiana en Argel, ni aun eran necesarios los cantantes, porque los violoncelos y tololoches solos cantaban á dos coros con mucha gravedad, respeto y compás: Mustafá, Mustafá, Mustafá! ¿Qué tal?



Imprenta lito de Cuvplido.

Gran Orquesta.

E.—Perfectamente. No puede negarse que eran sobresalientes los instrumentos de cuerdas, y la música estaria divina, si correspondian á ellos los de viento.

G.—Y cómo que correspondian! Mira: las flautas eran hechas de las *laringes y glotis* de las damiselas remilgadas, que acá en el mundo con sus voces mas melifluas que las de las sirenas, blandaban el corazon mas duro, ya obteniendo sus viudedades, pensiones y montepios pagados con una puntualidad que jamas lograron sus maridos ó padres, ya consiguiendo algunos empleos lucrativos para estos, para sus hermanos y aun para otras personas, si no tan allegadas por parentesco, á lo menos por otras razones mas poderosas. Al escuchar esas dulces flautas en un paso tierno, creerias estar oyendo á la divina Castellane entonar aquel de la *Sonámbula* que dice:

Ponme la mano en el pecho,

Palpitar, saltar lo siento:

Es que de puro contento

No se puede sostener.

Con esas y otras zalamerías suelen las tales flautitas *sacar raja* hasta en el infierno.

E.—Hacen bien, si encuentran hombres que no se tapen con cera los oidos como los compañeros de Ulises, para no escuchar los cantos de las consabidas sirenas de que hiciste mencion poco ha. Y ¡los clarinetes!

G.—Los clarintees y oboés los formaron los diablos de los gznates ó gargüeros de algunas pobres viejas que murieron de reumatismo, adquirido en las losas de la comisaría; y el corno inglés y los fagotes, de los gznates de algunos retirados que murieron de lo mismo, habiéndose condenado estos y aquellas por lo propio que los empleados, es decir, porque no sufrieron sus trabajos con paciencia.

E.—¿Pero qué, sonaban bien esos instrumentos?

G.—Solian darse sus desafinadas; mas en alegros y fugas que hacen mucha boruca, suenan maravillosamente, como en aquel paso del

Barbero de Sevilla en que entra la ronda atraída del ruido que hacia el conde de Almaviva fingiéndose borracho. Y tambien lo hacen perfectamente en la transicion de un compás vivo á uno pausado, lo cual han aprendido y practicado en vida en la susodicha comisaría, cuando despues de haber charlado desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, con mucha alegría por haber sabido que iban á dar *quinta parte*, oyen la terrible voz de *no hay dinero*, y quedan todas y todas mas estáticos que el doctor Bartolo.

E.—Muy bien, muy bien: ¿y las trompas?

G.—Estas se formaron de ciertos huesos que llevaban en las cabezas ciertos maridos. Algunos de los tales huesos eran tan grandes y retorcidos, que poco tuvieron que trabajar los diablos para que quedaran convertidos en unas trompas primorosas.

E.—Pero trompas de cuerno! ¿darian un sonido muy áspero?

G.—Voy á contarte un fenómeno que noté en esos instrumentos. Cuando los tocaba algun diablillo débil y miserable, sonaban tan recio que aturdian; mas cuando los tocaba un diablazo fuerte, de polendas, sonaban con tanta dulzura y suavidad como unas flautas.

E.—Parece que debia suceder lo contrario.

G.—Así es en efecto, y no dejó de admirarme esa maravilla.

E.—Y ¿no pudiste saber en qué consistia?

G.—Presumo que los tales huesos participaban del genio de los que los llevan en sus cabezas; porque como se dice vulgarmente, *todas las cosas se parecen á sus dueños*. Estos en vida siempre que encontraban en sus casas á algun mozalvete de poca utilidad, atronaban los oídos con sus voces como una trompa baja; mas si encontraban algun señoron de estos que llamamos de honra y provecho, entonces, aunque no dejaban de rascarse la mollera, hablaban *sottavoce* tan piano como suena un violin en un *pizzicato*. Yo acá para mí estaba considerando la esactitud de una comparacion que hacia un amigo mio diciendo: *que los cuernos son como los dientes, que al nacer dan comezon, y despues sirven para cemer*.

E.—Vamos, señor Gallo, siga vd. su canto llano, y no se meta en contrapuntos.

G.—Sigo, pues. Llegó al infierno una pacotilla de agiotistas, de estos que son capaces de encajarle al supremo gobierno papeles de envolver puros por recibos y escrituras flamantes, de estos cuya moral tiene por base lo que dice un poeta de cuyo nombre no me acuerdo ahora, aunque sí me acuerdo de lo que dice, y es lo siguiente:

¡O cives, cives! quaerenda pecunia primum.

Virtus post nummos.

Mucho se alegraron los diablos luego que recibieron esta pacotilla, porque tomaron á los agiotistas que les parecieron de mejor calidad, los metieron en el torno, los redondearon, les hicieron sus agujeros, y quedaron trasformados en unos magníficos serpentones.

E.—Fueron despues de muertos lo que habian sido vivos.

G.—Así es verdad. Mas te hubieras admirado de lo bien que sonaban en cualquier paso de una ópera en que se hablaba de dinero. Me acuerdo que en una ocasion en que se cantaba aquel paso del *Barbero*, que dice:

Separo el oro,

La plata cuento,

Y en mi bolsillo

La voy metiendo,

no pudo contenerse uno de aquellos serpentones, y creyendo que se trataba de libranzas ó letras de cambio, gritó: No debe decir la plata *cuento*, sino la plata *descuento con el tanto por ciento*. ¡Tal es la fuerza de los hábitos, que nos acompañan en los abismos aun despues de muertos!

E.—Por eso debemos trabajar en adquirirlos buenos para que nos acompañen en el cielo. Y los instrumentos de la música militar ¿de qué los formaron?

G.—¡Ay! No quisiera acordarme; mas por darte gusto

Quamquam animus misisse horret, luctuque refugit,
Incipiam.

Llegaron al infierno muchos pobres que causaron compasion aun á los mismos diablos, porque cada uno de aquellos iba lo mismo que un S. Bartolomé, perfectamente desollado á causa de las contribuciones que habia pagado acá en el mundo. Los custodiaban algunos personajes bien vestidos, que durante su vida habian sido recaudadores de rentas, los cuales cargaban sobre sus espaldas las pieles de aquellos infelices, llevando cada una su marca, que se reducía á una cifra, que queria decir: *facultades coactivas*, así como acá en la tierra llevan su *hierro* los cueros de caballos, mulas, &c. Luego que los diablos vieron aquellos pellejos, los arrebataron de los hombros de los conductores, los curtieron en un abrir y cerrar de ojos, y formaron timbales, tambores y redoblantes.

E.—Esta es la suerte de los burros, segun dice una fábula de Samaniego, que despues que en vida los apalean, sirve su cuero para hacer tamboriles, porque, como se espresa el mencionado fabulista:

El que nació infelice,
Aun muerto lo ha de ser, Fedro lo dice:

pero continúa tu narracion.

G.—De los gznates de los diputados y senadores que acá llamamos por mal nombre *correos de gabinete*, porque aun antes de que concluya la sesion secreta sabe el gobierno quanto pasa en ella, y á veces quanto ha de pasar, y tambien de los gargüeros de los que dan codazos, hacen denuncias y revelan secretos, hicieron los diablos clarines, cornetas y pistones.

E.—¡Cáspita! y qué ruido harían!

G.—¡Toma! Algunos habia que se oían á cien leguas de distancia; como v. g., de México á Veracruz.

E.—Y ¿habia triángulos?

G.—Sí, señor, y muy sonoros, formados de las canillas de los que en el mundo ejercieron el deshonoroso, aunque muy lucrativo oficio

